



V.

LA FAMILIA JOYEUSE.

CADA día, invariablemente, á las ocho en punto de su mañana, una casa nueva y poco menos que deshabitada de uno de los barrios extremos de París, se llenaba de gritos, de clamores, de deliciosas risotadas que sonaban limpiamente en el hueco de la escalera.

—Papá, no te olvides de mi música...

—Papá, mi lana de bordar...

—Papá, tráenos panecillos...

Y la voz del padre que desde abajo gritaba :

—Yaia, bájame la cartera...

—Adiós, ya se le olvidó la cartera...

Y se armaba un bullicioso batiburrillo del uno al otro cabo de la casa, un ir y venir de todas aquellas moninas aún no bien desperezadas, de todas aquellas cabelleras enmarañadas que de paso se recogían, hasta el momento en que, asomadas á la barandilla, una media docena de chicas dirigían su sonoro adiós á un vejete limpio y bien cepillado, cuyo rostro encendido y desmedrada silueta acababan por perderse de vista en el caracol de la escalera. M. Joyeuse se había marchado á la oficina... Al punto toda la bandada de pajarillos ganaba el cuarto piso, y, atrancada la puerta, se agrupaba en el alféizar de una ventana para ver una vez más á papá. El vejete volvía la cabeza, se cambiaban de lejos unos cuantos besos, luego las ventanas se cerraban; la casa nueva y desierta recobraba su tranquilidad alterada únicamente por la loca zarabanda que bailaban los rótulos movidos por el viento de la calle sin concluir, cual si también á ellos les hubiesen puesto de buen humor todas aquellas evoluciones. Un momento después, el fotógrafo del quinto bajaba á colgar de la puerta su invariable vitrina de exposición, en la cual figuraba el anciano de corbata blanca rodeado de sus hijas en agrupaciones diversas; volvía á subir á su vez, y la quietud que sucedía de pronto á aquel pequeño jolgorio matutino daba á suponer que el padre y su escuadrón de señoritas se habían reinstalado en el escaparate fotográfico donde permanecían risueños y sin pestañear hasta la noche.

Desde la calle de San Fernando al despacho de Hemerlingue é hijo, sus principales, M. Joyeuse empleaba sus tres buenos cuartos de hora de camino. Iba andando con la cabeza alta y tiesa, como si temiese desarreglar el bonito nudo de corbata hecho por sus hijas, ó el sombrero puesto también por ellas; y cuando la mayor, siempre inquieta y precavida, le levantaba, en el momento de salir, el cuello de su sobretodo para evitar el maldito aire colado de la esquina, M. Joyeuse, aun con una temperatura de invernáculo, no se lo bajaba hasta la oficina, á la manera del enamorado al salir de manos de su querida, que no osa menearse por miedo á que se disipe el embriagador perfume.

Viudo desde hacía algunos años, aquel simpático anciano no vivía más que para sus hijas, sólo en ellas pensaba, y seguía la senda de sus años rodeado de aquellas blondas cabe-

citas que revoloteaban confusamente en torno de él como en un cuadro de la Asunción. Todos sus deseos, sus proyectos todos tenían por punto de partida á « las niñas » y á ellas volvían siempre, no sin grandes rodeos muchas veces, porque M. Joyeuse—lo cual provenía sin duda de su cuello metido y de lo bajo de su cuerpo por el cual no daba más que una vuelta su hirviente sangre—era hombre de fecunda, de asombrosa imaginación. Las ideas evolucionaban en él con la rapidez de pajuelas desgranadas al rededor de la criba. En la oficina, las cifras llegaban á fijarle algún tanto con sus combinaciones positivas; pero una vez fuera, su imaginación tomaba la revancha de aquella ocupación inexorable. La actividad de la marcha, el hábito de un camino cuyos más insignificantes accidentes le eran familiares, daban libertad completa á sus facultades imaginativas. Entonces inventaba aventuras extraordinarias con que llenar veinte novelas de folletín.

Si, por ejemplo, M. Joyeuse, al subir por la calle de Saint-Honoré, acera derecha—siempre tomaba la derecha—veía pasar al trote largo una pesada carreta de lavandera, guiada por una campesina cuyo chicuelo, metido en un fardo de ropa, se ladeaba algo:

—¡ El niño ! gritaba el pobre hombre lleno de susto, ¡ cuidado con el niño !

Su voz se perdía en el estruendo de las ruedas, y su aviso en los arcanos de la Providencia. La carreta pasaba. Seguiala un momento con la vista, y luego volvía á emprender su camino: pero el drama iniciado en su cerebro seguía desarrollándose con un sin fin de peripecias... El muchacho se había caído... Las ruedas iban á pasarle por encima... M. Joyeuse daba un brinco hacia él, salvaba á la criatura á punto ya de perecer; pero la lanza le daba á él en mitad del pecho, y caía bañado en su propia sangre. Entonces se veía conducido á la botica por entre la multitud apiñada. Metíanle en una litera, le subían á su casa; luego, de pronto, oja el grito desgarrador de sus hijas, de sus queridas hijas, al verle en aquel estado. Y ese grito desesperado le iba tan recto al corazón, lo percibía tan distintamente, tan profundamente: « Papá, querido papá... » que lo soltaba él mismo en mitad de la calle, dejando parados á los transeúntes, con una voz ronca que le despertaba de aquella pesadilla de invención.

¿ Queréis otro rasgo de aquella imaginación portentosa? Lluve, nieva, un tiempo de perros. M. Joyeuse toma el ómnibus para ir á la oficina. Frente á él se sienta una especie de coloso, testa brutal, biceps formidables. M. Joyeuse, diminuto, raquítrico, con su burjaca en las rodillas, encoge las piernas para dejar paso franco á las enormes columnas que sostienen el busto monumental de su vecino. Con el trictrac del carruaje, y el ruido de la lluvia en los cristales, M. Joyeuse se echa á soñar. De pronto el coloso de enfrente, que en suma tiene toda la cara de un hombre de bien, se sorprende de ver al hombrecillo demudarse, mirarle rechinando los dientes, con ojos feroces, ojos de asesino. Sí, de asesino verdadero, porque en aquel momento M. Joyeuse está sufriendo una pesadilla terrible. Una de sus hijas está sentada, allí, frente á él, al lado de aquel gigantesco bruto, y el miserable le rodea la cintura por debajo de la manteleta.

—Quitad la mano, caballero... ha dicho ya dos veces M. Joyeuse. El otro se ha limitado á mirarle figándose... Y va á abrazar á Elisa...

—¡ Ah ! ladrón...

Harto poca cosa para defender á su hija, M. Joyeuse, echando espumarajos por la boca, saca el corta-plumas del bolsillo, hiere al insolente en mitad del pecho, y se va, fuerte con su derecho de padre ultrajado, alta la frente, á prestar su declaración al primer cuartelillo de policía que le viene á mano.

—Acabo de matar á un hombre en un ómnibus.

Al sonido de su propia voz que, con efecto, pronuncia claramente estas siniestras palabras, pero no en el cuartelillo, el infeliz despierta, adivina por el estupor de los viajeros que ha debido hablar en alta voz, y se apresura á aprovechar la llamada del conductor: « San Felipe... Panteón... Bastilla... » para apearse, corrido, en medio del general asombro.

Esta imaginación siempre alerta daba á M. Joyeuse una singular fisonomía, calenturienta, estragada, en contraste con su correcto porte de burócrata de última fila. Eran tantas las vidas de pasión que vivía en un solo día... Es más numerosa de lo que se cree la raza de esos durmientes en vela en quienes la inquina de la suerte comprime y deja sin empleo fuerzas vigorosas, facultades heróicas. El ensueño es la válvula por donde

escapa toda esa vida interior á borbotones hirvientes, en vapor de fragua y en imágenes flotantes al punto desvanecidas. De esas visiones unos salen radiantes, aplastados otros, conternados al encontrarse con la rastrera realidad de cada día. M. Joyeuse era de estos últimos, propenso á remontarse á alturas de las cuales no cabe bajar sin sentirse un tanto quebrantado por la rapidez del descenso.

Pues como íbamos diciendo, una mañana que nuestro «soñador» había salido de su casa á la hora y en las circunstancias de costumbre, comenzó al revolver la calle de San Fernando una de sus novelitas íntimas. Acercábase el Año nuevo, y tal vez un barracón de madera que estaban montando en el vecino depósito, le hizo pensar «propina... día de Año nuevo.» Y al punto la palabra propina se implantó en su cerebro como el primer jalón de una historia maravillosa. En diciembre, todos los empleados de Hemerlingue percibían mensualidad doble, y es sabido que en las familias de poco fuste esos gajes sirven de base á una porción de proyectos ambiciosos ó amables, algún regalillo, algún mueble nuevo, alguna pequeña suma guardada en un rincón de la cómoda para ocurrir á imprevistos.

M. Joyeuse no era rico, que digamos. Su mujer, una señorita de Saint-Amand, acosada de ideas de lujo y de gran tono, había montado aquel modesto hogar de empleadillo en un pié ruinoso, y durante los tres años que hacía que había muerto y que la *abuelita* dirigía la casa con tan rara prudencia, no había podido todavía ahorrarse ni un céntimo, tal era el déficit de los presupuestos anteriores. De pronto se le ocurrió al bueno de M. Joyeuse que la gratificación iba á ser mayor aquel año en recompensa del aumento de trabajo que había ocasionado el empréstito tunecino. Este empréstito había sido para sus principales un negocio redondo, demasiado redondo, como que M. Joyeuse se había permitido decir en las oficinas que por aquella vez «Hemerlingue é hijo habían hecho con el turco un caldo más gordo de lo regular.»

—Oh sí, lo que es esta vez la gratificación va á ser doble, pensaba por el camino, y ya se miraba de allí á un mes subiendo con sus camaradas, para hacer la visita de Año nuevo, la escalerilla del piso de Hemerlingue. Éste les anunciaba la buena nueva; luégo hacia quedar á M. Joyeuse. Y héte que

aquel principal, habitualmente tan frío, escondido en su amarillenta grasa como en un fardo de seda cruda, se volvía afectuoso, paternal, comunicativo. Quería saber cuántas hijas tenía Joyeuse.

—Tengo tres... digo mal, cuatro... señor barón... Siempre me equivoco. Como la mayor tiene tanto seso...

—Que cuántos años tienen?

—Alina, señor barón, tiene veinte. Es la mayor... Viene luégo Elisa que se prepara para el examen de los diez y ocho... Enriqueta que cuenta catorce, y Zaza... Yaia que no cuenta más que doce.

Este diminutivo de Yaia divertía prodigiosamente al señor barón, quien deseaba saber asimismo con qué recursos contaba aquella interesante familia.

—Mi sueldo, señor barón... y nada más... Había reunido algunos ahorritos, pero la enfermedad de mi pobre esposa, la enseñanza de las niñas...

—Vuestro sueldo no os basta, querido Joyeuse. Desde hoy en adelante ganaréis mil francos al mes.

—¡Oh! señor barón, es demasiado...

Pero aun cuando esta última frase la había dicho en alta voz á las barbas de un municipal que no sin cierta desconfianza miró pasar á aquel hombrecillo que gesticulaba y movía la cabeza, el pobre soñador no despertó. Admiróse á sí mismo volviendo á su casa, participando á sus hijas el noticia, llevándolas al teatro por la noche para celebrar tan fausto acontecimiento. ¡Gran Dios! ¡qué lindas estaban en el antepecho de su palco las señoritas Joyeuse! ¡qué ramillete de cabecitas sonrosadas! y héte que al siguiente día las dos mayores eran pedidas en matrimonio por... Mr. Joyeuse no llegó á averiguar el apellido de los futuros novios porque de pronto se encontró en la entrada de la casa de Hemerlingue, de manos á boca con una mampara que mostraba escrito «Caja» en letras de oro.

—Siempre seré el mismo, dijo para sí sonriendo y pasándose la mano por la frente en que el sudor perleaba.

Puesto de buen humor por su fantasía, por la lumbre que chisporroteaba en la ristra de oficinas entarimadas, enrejadas, iluminadas discretamente por la opaca luz de cuarto bajo, donde se podían contar sin sentirse deslumbrado las mo-

nedas de oro, M. Joyeuse saludó festivamente á los demás empleados, púsose el chaquetón de trabajar y se caló el casquete de terciopelo negro. De pronto, silbaron desde arriba; y el cajero, aplicando el oído á la bocina, oyó la voz pastosa y gelatinosa de Hemerlingue, el único, el auténtico—el otro, el hijo, seguía ausente—que preguntaba por M. Joyeuse. ¡Cómo! ¿duraba todavía el ensueño?... Lleno de turbación tomó por la escalerilla interior que un momento antes subiera con tanto brío, y se encontró en el despacho del banquero, pieza reducida, muy alta de techo, alhajada con cortinillas verdes y enormes sillones de vaqueta proporcionados á la fenomenal capacidad del jefe de la casa. Allí estaba éste, sentado frente á su pupitre del cual le mantenía alejado su barriga, obeso, respirando con dificultad, y tan lívido que su cara redonda de nariz ganchosa, su feta de buho gordo y enfermizo producían como una especie de foco luminoso en el fondo de aquel despacho severo y sombrío. Semejaba un grueso mercader árabe enmohecido en la humedad de su pequeño patio. Cuando el dependiente entró, fulguró la mirada de él durante un segundo bajo los densos párpados penosamente entreabiertos; hízole seña de que se acercase, y lentamente, fríamente, truncando con intervalos de descanso sus frases jadeantes, en vez de: «¿Cuántas hijas tenéis, M. Joyeuse?» le dijo lo que sigue:

—Joyeuse, os habéis permitido criticar en las oficinas nuestras últimas operaciones con la plaza de Túnez. Excusad toda defensa. Conozco palabra por palabra las que habéis dicho. Y como yo no he de consentirlas en boca de uno de mis dependientes, os advierto que desde fin de mes quedáis despedido.

Una oleada de sangre se agolpó al rostro del dependiente, retrocedió, volvió á embestir, llevando cada vez á sus oídos un silbido confuso, y un turbión de ideas y de imágenes á su cerebro.

¡Sus hijas!

¿Qué iba á ser de ellas?

¡Los empleos andan tan escasos en esta época del año!

Apareciósele la miseria, y con ella la visión de un desgraciado arrojándose á las plantas de Hemerlingue, suplicándole, amenazándole, abalanzándose sobre él en un acceso de cólera desesperada. Toda esta agitación pasó por su rostro

como un golpe de viento que roza un lago cavando en él toda suerte de abismos movientes; pero permaneció mudo, en pié en el mismo sitio, y á la indicación de su principal de que podía retirarse, bajó tambaleándose á ocupar otra vez su asiento en la caja.

Por la noche, al volver á la calle de San Fernando, M. Joyeuse no contó á sus hijas una sola palabra de lo ocurrido. No se atrevió. La idea de anublar aquel alborozo radiante que constituía la manera de ser de su hogar, la idea de embutir de gruesas lágrimas aquellos lindos ojos claros le pareció insoportable. Era por añadidura tímido y pacato, de aquellos que dicen siempre: «Aguardemos á mañana.» Aguardó pues para hablar, primeramente, á que hubiese transcurrido noviembre, meciéndose en la vaga esperanza de que Hemerlingue cambiaría de parecer, como si no conociese aquella voluntad de molusco viscoso y tenazmente incrustado en su lingote de oro. Más tarde, cuando, saldada su cuenta, un nuevo dependiente hubo ocupado el sitio, frente al alto pupitre, en que tanto tiempo había estado de pié, esperó encontrar pronto otra cosa y reparar su desdicha antes de verse forzado á confesarla.

Cada mañana hacía como que se fuese á la oficina, se dejaba asear y componer como de costumbre, y cogía su mayúscula cartera de cuero para meter en ella los numerosos encargos de la tarde. Aunque de intento se olvidase de algunos á prevención del próximo fin de mes tan problemático, no le faltaba ya el tiempo para hacerlos. Tenía todo el día para él, un día interminable que pasaba corriendo todo París en busca de colocación. Le daban direcciones, recomendaciones excelentes. Pero en ese terrible mes de diciembre, tan frío y de días tan cortos, lleno de gastos y preocupaciones, los empleados se cargan de paciencia y los principales también. Todos procuran rematar el año en calma, dejando para el mes de enero, para este gran salto del tiempo á una nueva etapa, los cambios, las mejoras, la tentativas de vida nueva.

Donde quiera que M. Joyeuse se presentase, veía helarse súbitamente las caras no bien explicaba el objeto de su visita: «¡Toma! ¿ya no estáis en casa de Hemerlingue é hijo? ¿Cómo ha sido esto?» Él se esmeraba en explicarlo del mejor modo posible atribuyéndolo á un capricho del jefe, ese feroz He-

merlingue que París entero conocía; pero sentía frialdad, desconfianza, en esta respuesta uniforme: «Volved pasadas las fiestas.» Y tímido como era de suyo, acababa por no presentarse en parte alguna, por pasar veinte veces delante de una misma puerta cuyos umbrales no hubiera al fin llegado á cruzar sin la idea de sus hijas. Sólo esto era bastante para darle un empujón, fortalecerle las piernas; sólo esto le hacía ir en un mismo día á los extremos más opuestos de París, á direcciones asaz vagas que le daba algún compañero, á Auberwilliers, á una gran fábrica de negro animal á la cual le hacían volver tres veces consecutivas para quedarse en definitiva como antes.

¡Oh! las carreras bajo la lluvia, bajo la escarcha, las puertas cerradas, el dueño que ha salido ó que tiene gente, las esperanzas frustradas, el enervamiento de las largas esperas, las humillaciones reservadas á todo aquel que va en demanda de trabajo como si fuese una afrenta el no tenerlo, todas estas tristezas tuvo que conocerlas M. Joyeuse, y con ellas, las buenas voluntades que se cansan, que se descorazonan ante la persistencia de la mala suerte. Calculad ahora cómo habían de centuplicar su duro martirio de «hombre que busca un empleo» los espejismos de su imaginación, esas quimeras que surgían delante de él del empedrado de París mientras iba midiéndolo en todas direcciones.

Durante un mes seguido se vió convertido en uno de esos títeres lastimosos que corren las aceras gesticulando, hablando solos, y que cada vez que tropiezan con alguien prorrumpen en una exclamación sonambulante: «Ya lo decía yo,» ó bien «No lo dude V., caballero.» El interpelado prosigue su camino con cierta comezón de reirse, pero vence al fin la compasión que inspira la inconsciencia de esos infelices obsesos por una idea fija, ciegos que guía el ensueño tirándolos de una cuerda invisible. Lo más cruel era que después de esas largas, de esas duras jornadas de inacción y de fatiga, cuando M. Joyeuse regresaba á su casa, era preciso que hiciese la comedia del que vuelve de su trabajo, que refiriese lo ocurrido durante el día, lo que se había dicho, los enredos del despacho que eran la cotidiana comidilla de las niñas.

En los hogares reducidos hay siempre un nombre que acude á la memoria con especial predilección, el cual se invoca en

los días aciagos, que es parte en todos los deseos, en todas las esperanzas, hasta en los juegos de los niños imbuídos en su importancia, un hombre que desempeña en la casa una especie de papel de sub-providencia ó, si se quiere, de un dios penate familiar y sobrenatural. Este nombre es el del principal, del dueño de la fábrica, del propietario, del ministro, en una palabra, del hombre que tiene en su potente mano el bienestar, la existencia del hogar doméstico. En casa de Joyeuse ese nombre era el de Hemerlingue, siempre Hemerlingue, que acudía cien mil veces diariamente á la conversación de las niñas, las cuales lo asociaban á todos sus proyectos, á los detalles más nimios de sus femeniles ambiciones: «Si Hemerlingue quisiera... Todo esto depende de Hemerlingue.» Y nada tan encantador como la familiaridad con que aquellas muchachas hablaban de aquel ricachón á quien ni de vista siquiera conocían.

Todo era pedir noticias de él... ¿Le había hablado?... ¿Estaba de buen humor? Y pensar que todos, todos sin excepción, por humildes, por rendidos que nos tenga la suerte, vemos siempre debajo de nosotros á otro más humilde, más rendido, para el cual somos grandes, para el cual somos dioses, y en nuestra cualidad de dioses, indiferentes, desdeñosos ó crueles.

Fácil es imaginar el suplicio de M. Joyeuse, obligado á inventar episodios, anécdotas sobre el miserable que tan brutalmente le había despedido á pesar de su buen comportamiento de diez años. Y sin embargo, desempeñaba su papel de tal manera que llegaba á engañar á todo el mundo. No se había observado más que una cosa, y era que cada tarde, al volver, se sentaba á la mesa con gran apetito. ¡Cómo no! desde que había perdido su empleo, el pobre no almorzaba.

Pasaban los días. M. Joyeuse no encontraba nada. Sí, un empleo en la *Caja territorial*, pero que rehusaba, harto al corriente de las operaciones de banca, de los rincones y rinconcitos todos de la bohemia financiera en general, y de la *Caja territorial* en particular, para poner los piés en aquella guarida.

— Pero, hombre, le decía Passajon... porque era Passajon quien habiéndole encontrado por casualidad y viéndole sin colocación le había hablado de una en casa de Paganetti... Pero, hombre, cuando os digo que va de veras. Nadamos en